

Historia

El Hospital Militar de Palma de Mallorca durante la Guerra Civil

José M.^a Rodríguez Tejerina

El *Hospital Militar de Palma de Mallorca* se levanta actualmente en la esquina de la calle de San Miguel con la de los Olmos, en un lugar que ocupara en el siglo XIII un convento de franciscanos, el más antiguo de Palma, y que luego habitaron las monjas de Santa Margarita. En 1821 el convento fue destinado a Hospital de Convalecientes y las monjas se mudaron a otro, sito en la calle de la Concepción. Cerca del *Hospital Militar*, en la calle de los Olmos, estuvo desde finales del ochocientos, la Casa de Expósitos o Inclusa que dependía, en sus inicios, del también próximo Hospital General.

El claustro, la iglesia del convento de Santa Margarita se conservan todavía, como monumentos históricos nacionales, en la calle de San Miguel, junto al moderno edificio del *Hospital Militar*.

Personal médico

A comienzos de julio de 1936 era director del *Hospital Militar de Palma de Mallorca* el teniente coronel don Ramón Anglada Fluxá. Y comandantes y capitanes médicos adscritos a los distintos servicios, don Virgilio García Peñaranda, don Antonio Rossell Santomá, don Eusebio Gimeno Sáinz, don Mariano Navarro, don Miguel Roscal, don Antonio Grau Pujol, don Daniel Ortega Lechuga. Era capitán de Sanidad don Fidel Lladó Boixaderas. Había también varios soldados médicos y

odontólogos. Bartolomé Mestre Mestre, Manuel Mora Esteva —sobrino de Bastos Ansart—, Bartolomé Covas Sancho —que en realidad nunca fue médico, aunque se hiciera pasar por tal—, Mateo Palmer Moner, estomatólogo, como Santiago Forteza Forteza. Éste último, y el también dentista Guillermo Barceló Barceló y Bartolomé Mestre Mestre —los tres tenían iguales los dos primeros apellidos—, fueron nombrados, meses más tarde, alféreces de complemento del Cuerpo de Sanidad Militar. También ascendió a alférez médico de complemento, algo después, Pedro Sabater, muy amigo de Baltasar Covas, por ser ambos de ideas izquierdistas, y que tuvo a su cargo los enfermos afectos de enfermedades venéreas.

Sólo llegó a ser brigada médico, en cambio, Andrés Galmés Gomila, que decía conocer a don Pío Baroja y que logró en Ibiza salvar el Museo Fenicio del saqueo de algunos desaprensivos soldados nacionales. Mención aparte merece el capitán médico, pediatra, don Vicente Sergio de Orbaneja, falangista, pariente de José Antonio Primo de Rivera, que tuvo una actuación represiva muy destacada en la retaguardia.

Los primeros heridos

El 19 de julio de 1936 fueron asistidos en el *Hospital Militar* los primeros heridos de guerra; el capitán don José Puig Nos, herido en una pierna y que falleció víctima de la gangrena gaseosa seis días más tarde y, el mismo día, poco después, el falangista José Rovira, herido en el brazo izquierdo que logró salvar su vida aunque fallecería posteriormente, en 1938, de una pulmonía.

En el Archivo de la Casa de Socorro de Palma, en el Libro Registro correspondiente, aparece con fecha 19 de julio de 1936 y el número de orden 2039, la siguiente noticia: «J. Puig, de 48 años. Fermín y Galán 188: Fractura abierta de fémur derecho, erosión rodilla izquierda, herida contusa muñeca derecha. Gran hemorragia: Arma de fuego».

El capitán Puig Nos fue trasladado con toda urgencia al *Hospital Militar*, donde le operó el comandante médico don Virgilio García Peñaranda, ayudado por Bartolomé Mestre. Don Virgilio García Peñaranda fue pronto encarcelado, por sus ideas liberales y presunta pertenencia a la masonería.

Las bajas del frente de Manacor

En el *Hospital Militar* fueron asistidos, desde el 16 de agosto de 1936 hasta septiembre del mismo año, alrededor de 300 heridos procedentes del frente de Manacor, según el mando nacional. Mas, la superiora de dicho *Hospital*, sor Oliva Abad, estima muy superior la cifra real de heridos, e incluso las estadísticas oficiales de Sanidad Militar la sitúan en 570, con pocas defunciones, apenas unas 10. Como asimismo fueron atendidos bastantes heridos en los hospitales de Manacor y Porto Cristo y aun en el Colegio de las MM. del Sagrado Corazón de Palma, el número total de heridos, presumiblemente, debió ser de unos 800. Hubo 300 muertos, ya que la cifra de 75, dada también por el mando nacional, es harto exigua.

Los primeros heridos del frente de Manacor que llegaron al *Hospital Militar* fueron los capitanes de Infantería don Eduardo García Serena y don José Grau Pujol. Este último era hermano del comandante médico cirujano del *Hospital* don Antonio Grau Pujol, que había sustituido a don Vicente García Peñaranda. Ambos capitanes habían sido alcanzados por la misma bala; el primero tenía una fractura de fémur izquierdo y, el segundo, una herida leve en la pierna derecha.

Los heridos, siempre según sor Oliva, llegaban en muy mal estado, sedientos, ensangrentados, desfigurados, pidiendo algo de beber, «por amor de Dios», y dando vivas a España y al Ejército.

Terminado el desembarco de las tropas del capitán Bayo, el *Hospital Militar de Palma de Mallorca* atendió, en el período comprendido entre septiembre de 1936 y abril de 1939, a 1.054 enfermos de la Ar-

mada y, entre ellos a los habidos en los cruceros *Almirante Cervera* y *Baleares*.

El *Hospital* disponía únicamente, al iniciarse la contienda, de 150 camas. Hubo que ampliar su número a 300, pero aún así resultó su número insuficiente y el director del centro, el teniente coronel médico don Ramón Anglada y el administrador del mismo, don Bartolomé Sampol, decidieron requisar el edificio del Colegio de las MM. de los Sagrados Corazones de Son Espanyol y dedicarlo a la atención de los heridos leves y de los convalescientes. Las mismas monjas del Colegio se dedicaron al cuidado de estos heridos.

El *Hospital Militar* recabó la colaboración de cuatro monjas más, dado el intenso trabajo. También prestaron sus servicios en el mismo numerosas muchachas voluntarias de Frentes y Hospitales. Que hubo de distribuir en tres grupos. Uno de ellos se ocupaba del aseo de los hospitalizados y del arreglo de las camas. Otro, confeccionaba sábanas, vendas y toda suerte de prendas. El tercero, en fin, ayudaba a practicar las curas. Ninguna de ellas era enfermera titulada.

La limpieza, el lavado y el planchado de ropa se hacían en el *Hospital*.

Luego del precipitado reembarque de las huestes de Bayo, el *Hospital Militar* continuó estando repleto de heridos, ya que fueron trasladados a él los procedentes de los hospitales de Manacor y Porto Cristo. Pronto, además, se reanudaron los bombardeos aéreos por parte de la Aviación Republicana. Que fueron muy intensos. El 26 de mayo de 1937 nueve aparatos de los denominados por los nacionales *Martín Bombers*, pero que eran en realidad *Katiuskas* rusos del tipo *Tupolav SB-2*, y algunos *Potez* franceses modelo 540, arrojaron 98 bombas y causaron 9 muertos y 18 heridos. El 7 de agosto del mismo año, otros cinco *Martín Bombers* lanzaron 23 bombas y hubo que lamentar 1 muerto y 1 herido. El 7 de diciembre se presentaron 24 aviones republicanos y descargaron 82 bombas de gran potencia. Quedaron destruidos 35 edificios y seriamente dañados otros 40. Hubo 10 muertos y 30 heridos.

El 31 de mayo, en el mismo año todavía, fue derribado un aparato «rojo». A bordo de él venían dos aviadores checoslovacos. Uno de ellos murió a las pocas horas. El otro, un gigante de unos dos metros de altura, sanó de sus heridas y fue llevado, en calidad de prisionero de guerra, al castillo de Bellver. Hacía grandes alardes de catolicismo. Fue canjeado por un cautivo nacional en poder de los republicanos. El checo volvió a bombardear Palma. Derribado de nuevo, murió carbonizado.

El 30 de mayo de 1938 sufrió Ciutat su postrer bombardeo aéreo. Nueve aparatos arrojaron 63 bombas, destruyendo algunos edificios y ocasionando 2 muertos. Una cumplida relación de los heridos en estos bombardeos y de los lesionados por caídas en los refugios antiaéreos la tenemos merced a los archivos de la Casa de Socorro de Palma.

Las víctimas navales

El 22 de febrero de 1938 se atendieron en el *Hospital Militar*, a partir de las nueve de la noche, a 22 heridos de metralla procedentes del crucero *Almirante Cervera*, que había sido atacado por la aviación republicana. Uno de los marinos heridos era don Jesús Vierna, hermano del contralmirante del *Baleares* don Manuel, que tan trágico fin iba a tener unos días después. En efecto, el 6 de marzo, a las 4 de la tarde, llegaron al *Hospital Militar* 205 náufragos del crucero *Baleares*. Venían todos negros, quemados; desnudos por completo. Según la prensa nacional daban vivas a España, la Marina, la Muerte, la Virgen del Carmen. Y cantaban la Salve Marinera. Mas lo cierto es que ingresaron en el *Hospital* muy abatidos y, muchos de ellos, shockados. En el arsenal del *Hospital* había gran cantidad de ácido pícrico que guardaba el practicante señor Sellés. Como las sábanas no debían rozar las quemaduras, se puso sobre las camas unos aros de hierro que, al estar cubiertos por mantas, daban aspecto de túmulos a los lechos. Los médicos recortaban los colgajos de

piel y empapaban las quemaduras con ácido pícrico en repetidas curas.

Otra vez, pues, el *Hospital Militar* se vió desbordado y hubo que trasladar a muchos de estos quemados a la Clínica Naval, la Mutua Balear y al Colegio de los Sagrados Corazones.

El 1 de agosto de 1938 estalló en el Puerto de Pollensa una de las calderas del crucero ligero italiano de la Primera Guerra Mundial, *R.N. Quarto*, que era el buque insignia de la patrulla italiana de control de «no intervención».

Resultaron abrasados 38 marineros, varios de ellos tan gravemente que fallecieron, casi de inmediato, 5. En los días siguientes murieron otros más, hasta un total de 18.

El servicio religioso

Al estallar el Movimiento componían la comunidad de Hermanas de la Caridad del *Hospital Militar*, sor Oliva Abad, que era la superiora, y las monjas sor Rosa Morgadas, sor Carmen Carbonell, sor Ricarda Vidador, sor Encarnación Seguí y sor María Richarte.

En enero de 1937 arribaron, como refugiadas, procedentes del Sanatorio del Espíritu Santo de Barcelona, sor Presentación Palomo, sor Marina Alegri y su superiora, sor Josefa Pujadas. Esta última se quedó en el Hospital Provincial. En junio de 1937 llegó a su vez otra hermana, escapada de la «zona roja»; sor Rosario Roussel. Y se incorporó a la comunidad una novicia, sor María Magriñá, pronto destinada a la Misericordia.

En marzo de 1938 sor María Magriñá y sor Josefa Pujadas fueron destinadas a la Clínica del doctor Pieras, que había sido también requisada para atender a los oficiales heridos.

Lógicamente, dado el fervor religioso desencadenado, los capellanes destinados en el *Hospital Militar* fueron numerosos. En un principio lo era únicamente el padre Pizá, teatino, de talante rijoso, que fue suspendido *a divinis*. Le sucedieron otros capellanes; el padre Borrás, que no se

acostó durante los días que duró el desembarco de los milicianos mandados por el capitán Bayo, pendiente siempre de administrar los Santos Sacramentos a los moribundos. El padre Daniel Aubach, que pertenecía a la Orden de San Vicente de Paúl y gustaba de hacer música y cantar a los soldados hospitalizados.

Con los naufragos del *Baleares* vino el padre Juan Grúa, que atendió a los marinos con gran devoción. Era capellán del Cuartel de Infantería de Marina y del Hospital de Marina de Cartagena.

El padre Seguí, de los Sagrados Corazones, y el padre Bartolomé Jaume, fueron incansables impartiendo conferencias a los heridos. Don Valentín Herrero era un capellán de los requetés que repartía rosarios, estampitas, medallas, a los soldados internados. Don Juan Vich era el inspector castrense.

Ni que decir tiene que el Cumplimiento Pascual, durante los tres años que duró la contienda, fue multitudinario.

En fin, el señor obispo de la diócesis, don Josep Miralles i Sbert, visitó el día 2 de septiembre de 1936, a las 6 de la tarde, con gran solemnidad, a los pacientes del *Hospital Militar*. Y, al día siguiente, a los hospitalizados en el Colegio de las MM. del Sagrado Corazón de Son Espanyolet.

Consideraciones finales

Pese a las depuraciones políticas, al no muy alto nivel científico de alguno de los componentes de la plantilla de médicos del *Hospital Militar de Palma de Mallorca*, el quehacer del centro sanitario durante los tres años de la Guerra Civil, fue bastante loable.

Hay que tener en cuenta que, por aquella época, no se habían descubierto aún ni las sulfamidas ni los antibióticos. Que el método de cura retardada de las fracturas abiertas de Trueta no había trascendido del ámbito de la Zona Republicana. Que las transfusiones sanguíneas se hacían de forma precaria, de brazo a brazo, al no existir los bancos de sangre que precon-

zaría, en Barcelona, Durán Jordá, meses más tarde. Que se desconocían todavía los diversos grupos sanguíneos. Las deficiencias en el traslado rápido de los heridos fueron manifiestas. Así como fue precario el tratamiento de los quemados, al estar lejana la técnica de los implantes cutáneos. La Cirugía Plástica y Reparadora brilló por su ausencia, así como la Cirugía Ortopédica.

Se siguió en el tratamiento de las heridas por arma de fuego el método descrito por el médico militar de Carabanchel, Bastos Ansart, en su célebre libro, *Heridas por arma de fuego*, aparecido a principios de 1936.

Faltan, sin embargo, unas estadísticas detalladas, fiables, que permitan evaluar exactamente la ingente labor realizada en el *Hospital Militar de Palma de Mallorca* a lo largo de aquellos trágicos meses.

Bibliografía

- Alcofar Nassaes J.L. *La marina italiana en la guerra de España*. Editorial Eurus. Colección Historia y Tiempo. Barcelona, 1976.
- Broggi M. Progesos assolits en Sanitat Militar durant la guerra civil espanyola (1936-39). Comunicación al XXVII Congreso Internacional de Historia de la Medicina. Barcelona, 1980.
- Brotos Poveda J. El Servicio de Sanidad de la Armada en las fuerzas del bloqueo del Mediterráneo. *Revista General de Marina*, 1941, V.
- Escribano E. Por Jesucristo y por España. Las hijas de la Caridad de la Provincia Española en trescientos veinticinco hospitales de sangre durante la Cruzada Nacional. Madrid, 1942, III, 331-332.
- Garaizabal Bastos A. El Servicio quirúrgico a bordo del crucero *Canarias*. *Revista General de Marina*, 1941, V.
- García Rivas M. La Sanidad de la Armada en la zona nacional durante la guerra de 1936-1939. En, *Los médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española*. Monografías Beecham. Madrid, 1986.
- López Ruiz de Azagra M. *Casa de Socorro, 1901-1950*. Ayuntamiento de Palma, 1987.
- Mestre Mestre B. *¿La última palabra? Mallorca 1936-1939*. Editorial Bauzá. Palma de Mallorca, 1976.
- Parada R. Los servicios sanitarios a bordo del crucero *Baleares*. *Revista General de Marina*, 1941, V.
- Sánchez Granjel L. La Medicina en la guerra. En, *Historia 16. La Guerra Civil*. N.º 14, Sociedad y Guerra. Madrid, 1987.
- Tomás Monserrat J. *Médicos y Sociedad. Mallorca, 1936-1944*. El Tall. Palma, 1991.